

El problema de las nacionalidades en el Cáucaso **Rosa Luxemburg**

(Extraído de la Sección III de la «La nación y la autonomía», publicado en 1908 en polaco. Traducción desde la versión en francés del Marxist Internet Archive en: <https://www.marxists.org/francais/luxembur/works/1908/00/caucase.htm>)

En el Cáucaso se encuentra otro ejemplo destacable de las dificultades con que tropieza en la práctica el problema de la autonomía nacional. Ningún rincón de la tierra ofrece un cuadro de nacionalidades tan imbricadas las unas en las otras como el Cáucaso, antigua vía histórica de grandes migraciones de pueblos entre Asia y Europa, cubierta de fragmentos y esquirlas de estos pueblos. La población de esta región, de más de nueve millones de personas, se compone (de acuerdo con el censo de 1897) de los grupos raciales y nacionales siguientes:

(en miles)

Rusos: 2.192,3

Alemanes: 21,5

Griegos: 57,3

Armenios: 975,0

Osetios: 157,1

Kurdos: 100,0

Pueblos montañoses caucasicos: chechenos: 243,4; circasianos: 111,5; abjasios: 72,4; lezguinos: 613,8

Kartvelianos, georgianos, imeretinos, megrelianos, etc.: 1.201,2

Judíos: 43,4

Turco tártaros: Tártaros: 1.139,6; cumucos: 100,8; turcos: 70,2; nogayos: 55,4; karachais: 22,0

Calmuco: 11,8

Estonios, mordvinos: 1,4

Las principales nacionalidades se reparten como sigue: los rusos, que constituyen el grupo más numeroso del Cáucaso, se concentran en el norte, en los distritos de Kuban y del Mar Negro y en la parte noroeste del Terek. Los kartvelianos se sitúan más al sur, en la parte occidental del Cáucaso; ocupan la gobernatura de Kutaís y la parte sudeste de la de Tiflis. Todavía más al sur, los armenios ocupan el territorio central en la parte meridional de la gobernatura de Tiflis, la parte oriental de la gobernatura de Kars y la parte septentrional de la gobernatura de Ereván, emparedados entre los georgianos al norte, los turcos al oeste, los tártaros al este y al sur en las gobernaturas de Bakú, Elizavetpol y Ereván. Al este y en las montañas están las tribus montañosas, mientras que otros grupos menores, como los judíos y los alemanes, viven entremezclados con la población autóctona, principalmente en las ciudades.

La complejidad del problema de las nacionalidades aparece especialmente en la cuestión lingüística, porque en el Cáucaso hay -junto al ruso, el osetio y el armenio- alrededor de media docena de lenguas tártaras, cuatro dialectos lezguianos, varios chechenos y circasianos, megrelianos, georgianos, svanos y algunos otros. Y no son simplemente dialectos sino mayormente lenguas independientes, incomprensibles para el resto de la población.

Desde el punto de vista del problema de la autonomía, solo tres nacionalidades entran claramente en esta consideración: los georgianos, los armenios y los tártaros, porque los rusos que residen en la parte septentrional del Cáucaso se sitúan, nacionalmente hablando, en continuidad con el territorio del Estado originalmente ruso.

El grupo nacional más numeroso junto a los rusos es el de los georgianos, si se incluye entre ellos todas las variedades de los kartvelianos. El territorio histórico de los georgianos se compone de las gobernaturas de Tiflis y Kitaís, los distritos de Sujumi y de Sakatali, en total una población de 2.110.490 personas. No obstante, la nacionalidad georgiana constituye menos de la mitad de esta cifra, 1,2 millones; el resto se compone de armenios, unos 220.000, concentrados principalmente en el distrito de Ajalkalaki de la gobernatura de Tiflis, donde representan más del 70% de la población; tártaros, unos 100.000; osetios, más de 70.000; los lezguinos constituyen la mitad de la población del distrito de Sujumi, mientras que en el distrito de Bortchalu de la gobernatura de Tiflis una mezcla de nacionalidades diversas es mayoritaria respecto a la población georgiana.

Teniendo en cuenta estas cifras, el proyecto de autonomía nacional georgiana presenta múltiples dificultades. El territorio histórico de Georgia tomado en su conjunto consta de una población numéricamente tan insignificante – apenas 2,1 millones – que parece insuficiente como base de una vida autónoma propia en el sentido moderno del término, con sus exigencias culturales y sus funciones socioeconómicas. En una Georgia autónoma dotada de sus fronteras históricas, una nacionalidad que cuenta con apenas la mitad de la población global sería la que dominara en las instituciones públicas, las escuelas, la vida política. La imposibilidad de esta situación está percibida tan bien por los nacionalistas georgianos de corte revolucionario que renuncian a las fronteras históricas y proyectan recortar el territorio autónomo a un espacio geográfico que corresponda al predominio de la nacionalidad georgiana.

En ese proyecto solo dieciséis distritos georgianos formarían la base de la autonomía georgiana, mientras que la suerte de los otros cuatro donde predominan otras nacionalidades sería decidida por un “plebiscito de estas nacionalidades”. Es un proyecto con una apariencia muy democrática y revolucionaria; pero como la mayoría de estos tipo de proyectos de inspiración anarquista que se proponen resolver todas las dificultades históricas por medio de la “voluntad de las naciones”, hay un defecto que consiste en que el plebiscito es todavía más difícil de llevar a cabo en la práctica que la propia autonomía de la Georgia histórica. La zona trazada en el proyecto georgiano incluiría apenas 1,4 millones de personas, lo que supone una cifra que corresponde únicamente a una gran ciudad moderna. Esta zona, de hecho recortada arbitrariamente fuera del marco tradicional de Georgia y de sus status socioeconómico actual, no solo es una base extremadamente débil para una vida autónoma, además no representa a ninguna otra entidad orgánica, a ninguna esfera de vida material y de intereses económicos y culturales, más allá de los intereses abstractos de la nacionalidad georgiana.

Sin embargo, incluso en esta zona, los intereses nacionales georgianos no pueden ser interpretados como una expresión activa de la vida autónoma, teniendo en cuenta el hecho de que su predominio numérico está ligado a su carácter mayoritariamente agrario.

En el corazón de la misma Georgia, la antigua capital, Tiflis, y un cierto número de ciudades más pequeñas tienen un carácter claramente internacional, con un elemento predominante de armenios que representan la capa burguesa. Entre una población de 160.000 personas en Tiflis, hay 55.000 armenios, 20.000 georgianos y la misma cantidad de rusos; el resto se compone de tártaros, persas, judíos, griegos, etc. Los centros naturales de la vida política y administrativa, lo mismo que de la educación y la cultura, son aquí, como en Lituania, los feudos de nacionalidades extranjeras. El hecho que vuelve totalmente imposible de resolver el problema de la autonomía nacional de Georgia se suma simultáneamente a otro problema caucásico: la cuestión de la autonomía de los armenios.

La exclusión de Tiflis y de otras ciudades del territorio georgiano autónomo es tan imposible desde el punto de vista de las condiciones socioeconómicas de Georgia como lo es su inclusión desde el punto de vista de la nacionalidad armenia. Si se toma como base el predominio numérico de los armenios en la población, se obtiene un territorio chapuceado artificialmente a partir de algunos fragmentos: dos distritos meridionales de la gobernatura de Tiflis, la parte septentrional de la gobernatura de Ereván, la parte nordeste de la gobernatura de Kars, o sea, un territorio separado de las principales ciudades donde residen los armenios, lo que es absurdo a la vez desde el punto de vista histórico y desde la perspectiva de la situación económica actual, mientras que las dimensiones de esta zona autónoma putativa se limitarían a unas pocas 800.000 personas. Si se

va más allá de los distritos donde los armenios predominan, se los encontrará inextricablemente mezclados con los georgianos en el norte; con los tártaros en el sur, en la gobernaturas de Bakú y de Elizavetpol; con los turcos en el oeste, en la gobernatura de Kars. Los armenios juegan parcialmente el papel del elemento burgués en relación con la población tártara esencialmente agraria que vive en unas condiciones más bien retrasadas.

Así, trazar fronteras entre las principales nacionalidades del Cáucaso es una tarea irresoluble. Pero el problema de la autonomía es todavía más complicado en lo que respecta a las otras múltiples nacionalidades de los montañeses caucásicos. Su imbricación territorial y las débiles dimensiones numéricas de cada nacionalidad junto a las condiciones socioeconómicas, que continúan mayoritariamente en el pastoreo nómada extensivo o la agricultura primitiva, sin vida urbana propia y sin creatividad literaria en su lengua nacional, hacen que el funcionamiento de la autonomía moderna sea completamente inaplicable.

Igual que en Lituania, la única manera de resolver la cuestión nacional en el Cáucaso de una manera democrática, asegurando a todas las nacionalidades la libertad de existencia cultural sin que ninguna de entre ellas domine a las otras y satisfaciendo, al mismo tiempo, la exigencia de un desarrollo social moderno, es ignorar las fronteras etnográficas e introducir una amplia auto-administración local-comunal urbana, de distrito y provincial, sin carácter nacional definido, es decir, sin conferir privilegios a ninguna nacionalidad. Únicamente una auto-administración así permitirá unir a las diversas nacionalidades para que velen en conjunto por los intereses económicos y sociales locales y tomen en consideración de manera natural el reparto diferenciado de las nacionalidades en cada distrito y en cada municipio.

La auto-administración comunal, de distrito, provincial, permitirá a cada nacionalidad - mediante decisiones tomadas por mayoría por los órganos de la administración local - crear sus escuelas y sus instituciones culturales en los distritos o municipios donde disponga de predominio numérico. Al mismo tiempo, una ley lingüística separada, a escala estatal, que salvaguarde los intereses de las minorías, puede establecer una norma en virtud de la cual las minorías nacionales, a partir de un mínimo numérico, puedan constituir la base de creación obligatoria de escuelas en sus lenguas nacionales en el municipio, el distrito o la provincia; y su lengua puede ser introducida en las instituciones locales públicas y administrativas, en los tribunales, etc. junto a la lengua de la nacionalidad predominante y la lengua del Estado. Esta solución sería plausible, suponiendo que sea posible una solución en el marco del capitalismo y teniendo en cuenta las condiciones históricas. Combinaría los principios generales de la auto-administración local con medidas legislativas especiales para garantizar el desarrollo cultural y la igualdad ante la ley de las nacionalidades, empujándolas a cooperar estrechamente y no separándolas unas de otras con las barreras de la autonomía nacional.

Edicions internacionals Sedov



Visita nuestra página web: www.grupgerminal.org
Para contactar con nosotros: germinal_1917@yahoo.es